

**El devenir de la utopía  
política moderna  
y sus emplazamientos  
actuales**

**Ángel Enrique  
Carretero Pasín**

*Edita:*

Editorial CEASGA-Publishing

[www.ceasga.es](http://www.ceasga.es), [info@ceasga.es](mailto:info@ceasga.es)

Carretero, A. E. (2018). El devenir de la utopía política moderna y sus emplazamientos actuales. *CEASGA-working papers*, 1(3), 54-70.

ISSN:2173-5859

**EL DEVENIR DE LA UTOPIA  
POLITICA MODERNA Y SUS  
EMPLAZAMIENTOS ACTUALES**

**THE DEVELOPMENT OF THE  
MODERN UTOPIA AND ITS  
CURRENT LOCATIONS**

**ÁNGEL ENRIQUE  
CARRETERO PASÍN**

# EL DEVENIR DE LA UTOPIA POLÍTICA MODERNA Y SUS EMPLAZAMIENTOS ACTUALES

ÁNGEL ENRIQUE CARRETERO PASÍN

IES Rosalía de Castro/Universidad de Santiago de Compostela

e-mail: [angelenrique.carretero@usc.es](mailto:angelenrique.carretero@usc.es)

*“Es un tiempo de apóstoles sin misión”*

*E. Jünger*

---

**RESUMEN.** A título general, el presente trabajo se interroga acerca del significado de la utopía en el marco de las sociedades actuales. Primeramente, clarifica cuál es la naturaleza socio-antropológica sobre la que la utopía se asienta. Luego desglosa las propiedades caracterizadoras de la utopía en el punto álgido de la modernidad. A continuación, examina el modo en cómo la proyección utópica se habría concretado en la idiosincrasia de las formas de vida de las sociedades occidentales. Finalmente, se hace un balance de este fenómeno desde dos lecturas irreconciliables.

**Palabras clave.** Utopía, Modernidad, Modernidad avanzada, Política, Estética

**ABSTRACT.** In general, this paper asks about the meaning of utopia in the framework of current societies. First, clarify what is the socio-anthropological nature on which the utopia is based. Then it breaks down the characterizing properties of utopia at the height of modernity. Next, he examines the way in which the utopian projection would have materialized in the idiosyncrasy of the forms of life of western societies. Finally, an evaluation of this phenomenon is made from two irreconcilable readings

**Key words.** Utopia, Modernity, Advanced Modernity, Politics, Aesthetics

## Introducción

El propósito central de nuestro trabajo será mostrar el contraste entre el perfil adoptado históricamente por la utopía política moderna en relación con el de la utopía tal como ha llegado a delinearse en la modernidad avanzada, para otros en la posmodernidad. No resulta en absoluto original afirmar que la época moderna habría inaugurado en Occidente la etapa dorada por excelencia de la utopía. Es lógico, habida cuenta de que solamente a raíz de la implantación de la modernidad, y de su consiguiente ruptura con sus lazos de fidelidad a la tradición, las sociedades occidentales han podido atesorar un potencial para auto-concebirse arbitrariamente en una u otra dirección y fijarse un objetivo u otro. Es lógico, asimismo, dado que la categoría de destino se ve ineluctablemente reemplazada por la de autodeterminación histórica. Una inflexión histórica que, por otra parte, ha sido ya objeto de un reiterado análisis sociológico, en abundantes ocasiones a partir de opciones ideológicas dispares (Touraine, 2012). Para las sociedades modernas, el tránsito de un modelo social en donde el destino es algo que viene dado, y que

por tanto es inamovible, a otro en donde se torna como algo motivo de construcción en manos de una responsabilidad histórica, abre un horizonte de potenciales posibilidades a realizar antaño insospechadas. Y la utopía moderna se gesta en el caldo de cultivo propiciado por este emergente, aunque también incierto, horizonte. A partir de este momento, lo que debiera ser o lo que pudiera ser pasará a ser un patrimonio dependiente, en el seno del decurso histórico, de la voluntad humana.

Pero en la modernidad avanzada no parece concedérsele un lugar preponderante al generalizado optimismo histórico encerrado en la utopía política moderna. Se perciben innumerables indicios que estarían evidenciando un descrédito de la utopía al modo en como esta fuera admitida en la modernidad en general y de la política en particular. O, si cabe, lo que se estaría haciendo manifiestamente ostensible es una transformación cualitativa en los trazos delineadores de la utopía. Dejemos momentáneamente pendiente el interrogante acerca de si la fisionomía actualmente adquirida por la utopía permitiría seguir manteniendo todavía un correcto empleo de este

término como fórmula definitoria más exacta con la que hacer justicia a unas emergentes caracterizaciones culturales. Lo que sí estamos preasumiendo al lanzar la interrogación introductoria que da título a este epígrafe es que la utopía política moderna no es ya, ni mal que le pese a los nostálgicos pudiera ser, lo que en otra fase histórica había sido. La irreversibilidad a la que parece estar destinada su finalidad propositiva no es óbice para que, no obstante, no permanezca viva en cuanto, ahora, gestualidad. En otras palabras, para que dicha modulación utópica no hubiese conseguido perdurar como no más, precisamente, que como simple retórica gestual.

Ahora bien, en la medida en que ésta pretenda abastecerse de un contenido, cualquiera que este fuese, con una resonancia a efectos de practicidad socio-política, hará ostensible la complejidad de su encaje en los parámetros inherentes a la lógica estructural de la modernidad avanzada. Así, la Teoría de Sistemas, ofertada a partir de la década de los años sesenta por Luhmann (1998), podría resultar de utilidad para esclarecer este aspecto. En ella se concibe el desarrollo evolutivo de las sociedades modernas de acuerdo

a una diferenciación funcional que se despliega en una pluralidad de subsistemas con una función específica a cada uno de ellos encomendada. De manera que el curso de la dinámica histórica, en una suerte de declarado antihumanismo, sobrepasaría a una presupuesta decisión de los actores sociales. Lo que nos obligaría a aceptar que el destino histórico poco o tendría ver con una presumible causalidad originada en la libre voluntad humana. Obedecería, sin más, a una auto-referente lógica interna evolutivamente desarrollada en virtud de un sistema autogobernado cibernéticamente. Así visto, como arriba indicábamos, no parece concedérsele otro espacio a la utopía política moderna que no sea el cercenado al de una mera gestualidad, si se quiere, con destellos retóricos.

## **2. Una aproximación a la noción de utopía**

Primeramente, comencemos por aclarar en qué consiste, en términos socio-antropológicos, eso que ha sido tradicionalmente denominado como la utopía. A este respecto, inspirándonos esencialmente, aunque no de modo único, en la propuesta clásica elaborada

en los años treinta del pasado siglo por el sociólogo de origen húngaro Mannheim (1997), distinguiremos cuatro elementos definitorios de ella.

(1) Se trata siempre de una tentativa de exorcismo de un conflicto que se asume, de principio, como superable: el que se da entre lo real y lo ideal, entre el modo en cómo la realidad es y el modo en cómo la imaginación o el sueño proyecta que pudiera ser. Partiendo de Mannheim, primero Servier (1982) y más adelante Ricoeur (1997) incidirán con profundidad en este aspecto.

(2) Radica, en realidad, en una incongruencia interna. Dado que el pensamiento se orienta y encuentra un acomodo en entidades trascendentes, carentes de realidad, en quimeras o fantasías, alternativas al mundo real. En este sentido, la utopía encontraría su mayor paralelismo, en términos psicológicos, en el delirio. De hecho, Mannheim ha cifrado esta circunstancia como la auténtica seña identitaria de cualquier modalidad de utopismo.

(3) La auténtica razón de ser de cada consigna utópica concreta habría que hallarla en su necesario entronque con

unas también concretas condiciones socio-estructurales acaecidas en un circunstancial momento histórico por el que atraviesa una sociedad.

(4) Es una praxis portadora de un efecto socio-político. A través de ella se persigue una transformación completa de la realidad. Y esto en virtud de una movilización de lo real a partir de la fuerza operativa albergada en lo irreal. Nuevamente Mannheim ha sido quien con más celebridad habría logrado una sistematización de esta idea, estableciendo una emblemática tipología destinada a tal cometido.

De esta suerte, se aclara el vínculo socio-antropológico existente entre la utopía y lo imaginario. En la medida en que la irrealidad, el sueño o la ilusión poseen la capacidad de fecundar la realidad social. Consiguen inspirarla, e instaurar potenciales posibilidades en ella no acogidas en la realidad dada. Precisamente por este motivo resulta sencillo entender cómo lo imaginario podría llegar a actuar en una dirección completamente inversa, a saber: favoreciendo una impotente fetichización de la realidad histórica orientada a inmovilizar lo establecido.

### 3. Significado originario de la utopía moderna

El surgimiento de la utopía moderna es solamente descifrable teniendo en cuenta la idiosincrasia del universo simbólico propio de las sociedades premodernas. En éste, la cosmovisión religiosa había servido como bóveda protectora al servicio de una legitimación holística del mundo social (Berger, 1981). Este *nomos* ofrecía un firme respaldo justificador, en clave obviamente extra-histórica, a una contención de un factible estallido incontrolado resultante de la siempre desencajada relación entre lo real y lo ideal en la que se ven inmersos los individuos en toda coyuntura histórica. Básicamente, ofreciéndoles una suerte de resignación. Pero también, al mismo tiempo, postulaba una irreal esperanza o promesa de resolución a esta desencajada relación mencionada. Básicamente, en términos de postergación.

Ahora bien, el fruto inducido por el despliegue del tipo de racionalidad instaurado a consecuencia de la modernidad será el dismantelamiento de este *nomos* donador de un sentido global a la experiencia social. Y es en

este escenario en donde irrumpirá precisamente la utopía política moderna. Comparecerá como una reorientación, ahora inevitablemente intra-histórica y con un fuerte cuño político, del viejo anhelo resolutivo del conflicto entre lo real y lo ideal (Laplantine, 1977).

En su génesis, la utopía moderna está inspirada por un ansia de trascendencia de lo real que no se sale, ni pudiera salirse, del dominio ahora de la historicidad. Por eso, es una descendiente directa del logro de una sociedad finalmente auto-instituida. Por tanto, sin otra obediencia más que a los dictados de sí misma, a los criterios por ella arbitrariamente decididos. Una sociedad que ya, definitivamente, no obedece a instancias exteriores o extrasociales a ella misma, y sí, por el contrario, a los designios de su propia lógica interna (Baczko, 1984).

No obstante, pese a que la utopía moderna sea uno de los frutos obligadamente ocasionados por el proceso de secularización occidental, y que su esencia debiera ser elucidada de acuerdo a ello, no deja de latir en su interior una travestida huella de índole religiosa. En un *continuum* estructural, la



utopía moderna guardará un parentesco arquetípico y residual con la religión. Pero también con otras instancias concomitantes aparentemente arrinconadas al unísono por el historicismo y el progresismo aupados en la conciencia colectiva europea de finales del siglo XIX, tales como el mito. El punto de encuentro de la utopía política moderna con estas instancias, característicamente premodernas, consistirá en una inspiración hacia una apropiación de, por así decirlo, una sed de absoluto. Una sed que sólo lo sagrado habría logrado, de ordinario, satisfacer. Pero que con la reorientación, necesariamente intrahistórica, que la modernidad transforma en imperativo se ve obligada a recanalizarse hacia la conquista de una perfección a-temporal inscrita en el seno mismo de la historia. Aunque, eso sí, una reconversión moderna de lo sagrado elevada por encima de las accidentalidades y avatares inherentes a su temporalidad, además de ubicada en el epicentro de lo político (Balandier, 1988).

En Occidente, como fruto del peso atribuido al legado de la tradición platónico-cristiana, el mundo supramundano ha sido históricamente sobrevalorado, depreciando la

mundaneidad. En consecuencia, el trabajo de lo imaginario habría consistido en una expectativa de sublimación de lo real, apostando por la plenitud de una realidad con una entidad extra-histórica y con un aquilatado plusvalor simbólico. La dinámica secularizadora, no obstante, obligará al trabajo de lo imaginario a verse reencauzado hacia una expectativa necesariamente intrahistórica.

#### **4. Rasgos definitorios de la utopía política moderna**

Vamos a desglosar de forma pormenorizada la particularidad de la utopía política moderna de acuerdo a cuatro ingredientes esenciales que en ella entrarían en juego.

(1) Componente mesiánico: La utopía política posterga el advenimiento del logro de su ideal emancipador en una meta siempre futura y lejana, en un punto final de la temporalidad histórica venidero y aún por alcanzar. Y esto en virtud de la asunción de una secularizada futurización de la historia. Filosofía de la historia pensada, de este modo, en cuanto proyecto marcado por la expectativa de una espera o de una preparación en relación a una

perfección futura asemejada, aunque sea en clave reconvertida, al reino de Dios en la tierra (Nietzsche, 1998; Löwith, 1968; Koselleck, 2003; Blumenberg, 2008).

(2) *Telos* histórico: La historia está encaminada, en un sentido teleológico y según el dictado de unas leyes necesarias, a cumplir una finalidad interna que la tensiona en un sentido unidireccional. La utopía política colabora en una tarea de empuje para que este cumplimiento sea llevado a cabo con la mayor celeridad, aún a cambio de desprestigiar, como a veces ha ocurrido en el materialismo histórico, el significado del acontecimiento presente (Benjamin, 1990).

(3) Proyecto de unidad colectiva: La utopía política encierra a todos los que a ella se adhieren en un así reafirmado sentimiento comunitario. Como resultado de que, en última instancia, la oferta ya hecha de sentido que propone sea siempre una oferta totalizadora y holística (Sironneau, 1982).

(4) Absolutización de lo político: Las demandas utópicas por salvar el abismo entre lo real y lo ideal encuentran su curso de canalización y realización en un ámbito exclusivamente político. En

cuanto dominio privilegiado en donde lo sagrado, ahora metamorfoseado en un ideal social secularizado, puede actuar presentándose con un carácter de absolutización. Algo ya precisado por Mannheim, al abordar lo que él llamaba utopía socialista-comunista. La utopía política moderna por excelencia que arrinconaría a las tres restantes: la quiliástica, la humanitaria y la conservadora. En este punto concreto radicará el reproche esencial que Aron (1999) dirige en contra de la teoría marxista.

En la época moderna, el vigor socio-antropológico atesorado en lo imaginario adquirirá un perfil modelado de acuerdo a los trazos fisiognómicos de la utopía anteriormente descrita. En este contexto, el nexo íntimo existente entre lo imaginario y la utopía política moderna se nos revelará de acuerdo a estas directrices.

## **5. La utopía en la modernidad avanzada**

En líneas generales, habría que reinterpretarla en virtud de un doble aspecto teórico-metodológico de partida:

A. Como un efecto derivado tanto de la pérdida de fuerza social como de crédito legitimador por parte de los ideales rectores de la utopía moderna antes desglosados.

B. Teniendo en cuenta que sus rasgos culturales aquí apuntados tienen un carácter meramente mostrativo. Sin intención, por tanto, de entrar en una valoración normativa en torno a ellos.

Una radiografía de la utopía en la modernidad avanzada pudiera desglosarse sucintamente del modo siguiente:

(1) Surgimiento de una permanente búsqueda de autorrealización personal y de cuidado de sí mismo consonante con un profundo corte histórico-generacional en donde se destapará una eclosión de valores post-materialistas. Una acentuada *coupure* cultural ya augurada emblemáticamente en su momento por Daniel Bell (1987). Si bien, al amparo del dictamen de Inglehart (2002), manifiestamente ostensible en las dos últimas décadas. Valores acordes a un modelo social occidental presidido por la conquista de un mayor grado de bienestar socio-económico y en donde, por tanto, el

acceso a las necesidades básicas estaría casi completamente facilitado.

(2) Conversión del *self* en consigna de una constante, novedosa e inacabada experimentación del mundo y de reinención de sí mismo. La construcción de uno mismo, alentada por la imaginación, se configura como la más propia y original utopía (por cada uno o cada unos) en trance de autorrealización. Y esta fenomenología en un íntimo encadenamiento con la descomposición de los sistemas de representación simbólica afincados en la tradición y con un consiguiente empeño permanentemente auto-interrogador en torno al “mundo de la vida”. Apoyándose en el registro fenomenológico de Alfred Schütz (1962), Anthony Giddens (1995) ha abordado las nuevas formas de subjetividad aparecidas en la modernidad avanzada a consecuencia de este viraje en la estructuración del *self*. Algo que, a la postre, abonará, desde los albores de la década de los años ochenta del pasado siglo, el terreno para la efervescencia de un generalizado narcisismo (Lipovetsky, 1983).

(3) Búsqueda de una *estetización* y embellecimiento de la subjetividad,

entendida como una transformación de todo lo tocante a una íntima experimentación del *self* en aliento de expresividad (Vázquez, 2005). Una consolidación de un *self* expresivo que pretenderá contaminar esta expresividad sobre las diferentes facetas de su actividad. Así, buscará añadir la experimentación artística en la impronta de sus vivencias cotidianas. De un modo *sui géneris* hace suyo el viejo lema nietzscheano que exhortaba a un acompañamiento del arte como condimento de la vida en cuanto insobornable antídoto ante al nihilismo. Y desactivando, en consecuencia, el indudable sello político albergado en la utopía moderna.

4) Inexistencia de una nítida meta u objetivo colectivo futuro a alcanzar a resultas de las implicaciones sociológicas resultantes de la crisis de futurización de la historia. Meta en donde convergiese, y que de suyo magnetizase en su dirección, el conjunto de las expectativas individuales. Como contraefecto, la utopía se torna *presentista*. Se propone cumplir sus expectativas en el aquí y en el ahora, sin ningún género de aplazamientos (Maffesoli, 2001).

(5) Vinculación con el otro que estará ligada, en exclusividad, a una complicitad en una similar o cercana

experimentación del mundo y en una similar o cercana reinención expresiva del *self* (Maffesoli, 1990; Sloterdijk, 2006). De donde se fragua una común coparticipación de placeres que dará curso a una peculiar modalidad, si se quiere, de neo-epicureísmo. Esto habría encontrado un soporte catalizador en la cultura virtual favorecida por el despliegue de las tecnologías de la comunicación.

(6) Desaparición de un compromiso del anhelo utópico por modificar la realidad. Éste deja de volcarse hacia la exterioridad, volatilizándose, por ende, su implicación en lo colectivo. Por el contrario, se repliega hacia la interioridad del *self* y encuentra un confinamiento en el emergente espacio de la *psique*. La relación con el mundo pasa de ser una relación activista a ser una relación experimental y, sobremanera, experiencial.

En lo que hemos llamado utopía en la modernidad avanzada es en donde se ve reflejado un reciclaje del viejo anhelo por desdoblar o transfigurar lo real a través de lo irreal. Condición característica, en términos socio-antropológicos, de la labor de lo imaginario como catalizador del deseo utópico. Esto nos da pie para una

acreditación de un empleo -aunque sea evidentemente flexible, todo hay que decirlo -del término utópico en aras de una reconsideración suya que tendrá como punto de mira el rostro de unas nuevas caracterizaciones culturales.

En este sentido, la modernidad avanzada revela una paroxística liberación de lo imaginario. Tal como se ha reiterado en la literatura sociológica de las últimas décadas, lo imaginario ha suplantado, en buena medida, a lo real (Castro Nogueira, 1996). Pero esto no lo es todo. Lo decisivo en esta hipertrófica liberación es la apoteosis de un insaciable deseo por explorar -de forma siempre inacabada y sin una definida finalidad proyectiva- otro modo de experimentar nuestra relación con el mundo, inducida ella desde lo imaginario. Esta incesante y sumamente caótica exploración, animada por la tentativa de introducción del ensueño -definitorio de lo imaginario- en lo más cotidiano, se proyecta, por ejemplo, sobre una utopía corporal concretada en la moda, sobre una utopía geográfica a la que transporta el turismo, o sobre la utopía comunicativa galvanizada a partir de los artefactos tecnológicos que pueblan la cultura virtual. El perfil de un

abanico de nuevas identidades sociales se configurará, en la actualidad, en virtud de esta exploración.

## **6. Balance final**

En lo que atañe a una posible lectura del semblante adoptado por la utopía en la modernidad avanzada, puede afirmarse que, de la incursión por los avatares de la modalidad utópica desde su origen moderno hasta sus esbozos en la actualidad, se desprenden dos interpretaciones sociológicas prácticamente contrapuestas.

(1) Lectura micro-política: de acuerdo a la cual se correspondería con una construcción política de las subjetividades sociales. Acorde a los dictados funcionales de una incipiente lógica cultural de carácter ficcional intencionadamente favorecida por el sistema económico capitalista en su fase de modernidad avanzada.

Aquí la evaluación de la contribución histórica desempeñada por lo imaginario no admite otra calificación que la de ideológica. No admitiendo más consideración que la de una artificiosa transposición del “fetichismo de la mercancía” al, por utilizar un

vocablo fenomenológico, “mundo de la vida”.

(2) Lectura estética: de acuerdo a la cual se trataría de una ampliación, siempre precaria, de los límites de experimentación del mundo, de la originalidad y de la creatividad; y, por ende, de la libertad individual -o si cabe de ella en un reducido horizonte microgrupal-, cautiva históricamente bajo macroproyectos utópicos sobrecargados de absolutización y de lejanía.

Aquí, por el contrario, la contribución de lo imaginario resulta sobreestimada, haciéndonos ver su persistente inspiración como sostén de la utopía actual. Si bien, eso sí, admitiendo un necesario relevo de su configuración en la modernidad avanzada.

La primera lectura, marcada por la huella de la crítica de la primera generación frankfurtiana a la cultura del capitalismo avanzado -pero asumida por la casi totalidad del discurso con una impronta neomarxista- conduce a un diagnóstico sumamente pesimista a la hora de cifrar unas potenciales posibilidades liberadoras, o incluso estéticas, albergadas en dicha cultura.

La segunda lectura, anunciada en una particular apropiación del peso atribuido a la crítica de la modernidad en el legado nietzscheano, desemboca en un diagnóstico más complaciente a la hora de sondear las posibles expectativas liberadoras o estéticas florecientes en el ámbito cultural de la modernidad avanzada.

En último término, en ambas lecturas se estaría trasluciendo un desacuerdo en torno a cómo debiera ser considerado, a día de hoy, el programa filosófico-político conocido como la modernidad. Y este desacuerdo incidirá frontalmente en cómo redefinir y reevaluar el legado de la utopía política moderna en la actualidad.

(1) Como algo que originariamente atesoraría un germen emancipador, aunque bloqueado a consecuencia de unas determinaciones históricas. Si bien la aspiración al ideal regulativo que lo movilizaría se mantendría incólume.

(2) Como algo agotado. No obstante, de este agotamiento se gestaría una coyuntura presuntamente prometedora para la superación de una subjetividad que, debido precisamente a

la programática moderna, se habría visto constreñida, amén de alentar el escenario propicio para el brote de unos desafiantes rostros expresivos de libertad.

En cualquier caso, la confrontación entre lo que hemos denominado lecturas micropolítica y estética, así como la incidencia sobre cada una de ellas del divorcio de fondo en torno a cómo debiera ser valorado el proyecto de la modernidad, no solamente afectarán al enjuiciamiento del destino actualmente reasignado a la utopía política moderna, sino que, a mayores, estarían contaminando enteramente el centro neurálgico del debate filosófico y sociológico más contemporáneo.

## Bibliografía

- Aron, R. (1999). *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*. Barcelona, España: Paidós.
- Baczko, B. (1984). *Les imaginaires sociaux. Memoires et espoirs collectifs*. Paris, Francia: Payot.
- Bell, D. (2006). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid, España: Alianza.
- Balandier, G. (1988). *Modernidad y Poder. El desvío antropológico*. Madrid, España: Jucar.
- Benjamin, W. (1990). «Tesis sobre Filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos I*. Madrid, España: Taurus.
- Berger, P. (1999). *El dosel sagrado. Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona, España: Kairós.
- Blumenberg, H. (2008). *La legitimación de la edad moderna*. Valencia, España: Pre-textos.
- Castro Nogueira, L. (1996). *La risa del espacio*. Madrid, España: Tecnos.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, España: Península.
- Inglehart, R. (2002). *Modernización y posmodernización: El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid, España: CIS.
- Jünger, E. (1994). «Sobre la línea», en *Acerca del nihilismo*. Barcelona, España: Paidós.
- Koselleck, R. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Laplantine, F. (1977). *Las voces de la imaginación colectiva*. Barcelona, España: Granica.
- Lipovetsky, G. (1983). *La era del vacío: ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, España: Anagrama.
- Löwith, K. (1968). *El sentido de la historia*. Madrid, España: Aguilar.
- Luhmann, N. (1998). *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*. Madrid, España: Trotta.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona, España: Icaria.
- Maffesoli, M. (2001). *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*. Barcelona, España: Paidós.
- Mannheim, K. (1997). *Ideología y utopía: Introducción a la sociología del conocimiento*. México: FCE.
- Marramao, G. (1989). *Poder y secularización*. Barcelona, España: Península.



Nietzsche, F. (1998). *La Gaya ciencia*. Madrid, España: Alba.

Ricoeur, P. (1997). *Ideología y utopía*. Barcelona, España: Gedisa.

Schütz, A. (1962). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Servier, J. (1982). *La Utopía*. México: FCE.

Sironneau, J. P. (1982). *Sécularisation et religions politiques*. París-New York: Mouton Publishers. The Hague.

Sloterdijk, P. (2006). *Esféras III: Espumas*. Madrid, España: Siruela.

Touraine, A. (2012). *Crítica de la modernidad*. Madrid, España: FCE.

Vázquez, F. (2005). *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. San Sebastián, España: Gakoa.